

de profundo táctico. La junta le elevó al grado de teniente general.

De Inglaterra llegaron tambien á Galicia pron-  
tos y cuantiosos auxilios. Su diputado Don Fran-  
cisco Sangro fué honrado y obsequiado por aquel  
gobierno, y se remitieron libres á la Coruña los pri-  
sioneros españoles que gemian hacia años en los  
pontones británicos. Arribó al mismo puerto Sir  
Carlos Stuart, primer diplomático ingles que en ca-  
lidad de tal pisó el suelo español. La junta se esme-  
ró en agasajarle y darle pruebas de su constante  
anhelo por estrechar los vínculos de alianza y amis-  
tad con S. M. Británica. Las demostraciones de  
interés que por la causa de España tomaba nacion  
tan poderosa, fortificaron mas y mas las novedades  
acaecidas, y hasta los mas tímidos cobraron espe-  
ranzas.

Santander agitado y conmovido ponía en sumo  
cuidado á los franceses, estando casi situado á la  
rétaguardia de una parte considerable de sus tro-  
pas, y pudiendo con su insurreccion impedir fácil-  
mente que entre sí se comunicasen. Tambien te-  
mian que la llama una vez prendida se propagase  
á las provincias baseongadas, y los envolviere á fa-  
vor del escabroso terreno, en medio de poblaciones  
enemigas, fatigándolos y hostigándolos continuada-  
mente. Así fué que el mariscal Bessieres no tardó  
desde Burgos en despachar á aquel punto á su ayu-  
dante general Mr. de Rigny, que despues se ha  
ilustrado mas dignamente con los laureles de Na-

Levantamien-  
to de Santan-  
der.

varino. Iba con pliegos para el cónsul frances Mr.  
de Ranchoup, por los que se amonestaba al ayun-  
tamiento, que en caso de no mantenerse la tranqui-  
lidad, pasaria una division á castigar con el mayor  
rigor el mas leve exceso. Semejantes amenazas lé-  
jos de apaciguar acrecentaron el disgusto y la fer-  
mentacion. Estaba en su colmo, cuando una leve  
disputa entre Mr. Pablo Carreyron, frances avecin-  
dado, y el padre de un niño á quien aquel habia re-  
prendido, atrajo gente, y de unas en otras se ena-  
decio el pueblo clamoreando que se prendiese á los  
franceses.

Tocaron entónces á rebato las campanas de la  
catedral y los tambores la generala, resonando por  
las calles los gritos de viva Fernando VII y muera  
Napoleón y el ayudante de Bessieres. Armado co-  
mo por encanto el vecindario, arrestó á los france-  
ses, pero con el mayor órden; y conducidos al cas-  
tillo cuartel de San Felipe, se pusieron guardias á  
las puertas de las respectivas casas de los presos pa-  
ra que no recibiesen menoscabo en sus propieda-  
des. Era aquel dia el 26 de mayo, y como de la As-  
cension festivo; por lo que arremolinándose nume-  
rosa plebe cerca de la casa del cónsul frances, se  
desató en palabras y amenazas contra su persona  
y la de Mr. de Rigny. Sus vidas hubieran peligra-  
do si los oficiales del provincial de Laredo que guar-  
necian á Santander, no las hubieran puesto en sal-  
vo exponiendo las suyas propias. Los sacaron de la  
casa consular á las once de la noche, y colocándo-

los en el centro de un círculo que formaron con sus cuerpos, los llevaron al ya mencionado cuartel de San Felipe, dejándolos bajo la custodia de los milicianos que le ocupaban.

Al día inmediato 27 se compuso una junta de los individuos del ayuntamiento y varias personas notables del pueblo, las que eligieron por su presidente al obispo de la diócesi Don Rafael Menéndez de Lurca. Hallábase este ausente en su quinta de Liaño á dos leguas de la ciudad, no pudiendo por tanto haber tomado parte en los acontecimientos ocurridos. El gobierno frances que con estudiado intento no veía entónces en el alzamiento de España sino la obra de los clérigos y los frailes, achacó al reverendo obispo de Santander la insurreccion de la provincia cantábrica. Mas fué tan al contrario, que en un principio aquel prelado se resistió obstinadamente á admitir la presidencia que le ofreció la junta, y solo á fuerza de reiteradas instancias condescendió con sus ruegos. Era el de Santander eclesiástico austero en sus costumbres, y acatábale el vulgo como si fuera un santo: estaba ciertamente dotado de recomendables prendas, pero las deslucia con terco fanatismo y desbarros que tocaban casi en locura. Dió luego señales de su descompuesto temple, autorizándose con el título de regente soberano de Cantabria á nombre de Fernando VII y con el aditamento de alteza.

A poco se supo la insurreccion de Asturias con lo que tomó vuelo el levantamiento de toda la mon-

taña de Santander, y aun los tibios ensancharon sus corazones. Inmediatamente se procedió á un alistamiento general, y sin mas dilacion y faltos de diciplina salieron los nuevos cuerpos á los confines y puertos secos de la provincia. Mandaba como militar Don Juan Manuel de Velarde, que de coronel fué promovido á capitán general, y el cual se apostó en Reínoza con artillería y 5000 hombres, los mas paisanos mezclados con milicianos de Laredo. Su hijo Don Emeterio, muerto despues gloriosamente en la batalla de la Albuera, ocupó el Escudo con 2500 hombres, igualmente paisanos. Otros 1000 recogidos de partidas sueltas de Santoña, Laredo y demas puertecillos se colocaron en los Toros. Por aquí vemos como Santander á pesar de su mayor proximidad á los franceses, se arriesgó á contrarestar sus injustos actos y á emplear contra ellos los escasos recursos que su situacion le prestaba.

Osadía fué sin duda la de esta provincia; pero guarecida detras de sus montañas, no parecia serlo tanto como la de las ciudades y pueblos de la tierra llana de Castilla y Leon. Sus moradores no atendiendo ni á sus fuerzas ni á su posicion, quisieron ciegamente seguir los ímpetus de su patriotismo, y á los pueblos cercanos á tropas francesas salióles caro tan honroso como irreflexionado arrojo. Apenas habia alzado Logroño el pendon de la insurreccion, cuando pasando desde Vitoria con dos batallones el general Verdier, fácilmente arrolló el 6 de

Levantamiento de Leon y Castilla la Vieja.

junio á los indisciplinados paisanos, retirándose despues de haber arcabuceado á varios de los que se cojieron con las armas en la mano, ó á los que se creyeron principales autores de la sublevacion. No fué mas dichosa en igual tentativa la ciudad de Segovia. Confiando sobradamente en la escuela de artillería establecida en su alcázar, intentó con su ayuda hacer rostro á la fuerza francesa, cerrando los oídos á proposiciones que por medio de dos guardias de corps le habia enviado Murat. En virtud de la repulsa se acercó á la ciudad el 7 de junio el general frances Frere, y los artilleros españoles colocaron las piezas destinadas al ejercicio de los cadetes en las puertas y avenidas. No habia para sostenerlas otra tropa que paisanos mal armados, los cuales al empeñarse la refriega se desbandaron dejando abandonadas las piezas. Apoderóse de Segovia el enemigo, y el director Don Miguel de Cevallos, los alumnos y casi todos los oficiales se salvaron y acogieron á los ejércitos que se formaban en las otras provincias.

Al mismo tiempo que tales andaban las cosas en puntos aislados de Castilla, tomó cuerpo la insurreccion de Valladolid y Leon, fortificándose con mayores medios y estribando sus providencias en los auxilios que aguardaban de Galicia y Asturias. Desde el momento en que la última de aquellas provincias habia en el 23 y 24 de mayo proclamado á Fernando y declarádose contra los franceses, habia Leon imitado su ejemplo. Como á su definitiva de-

terminacion hubiesen precedido parciales commociones, en una de ellas fué enviado á la Coruña el estudiante que tanto tumultuó allí la gente. Mas el estar asentada la ciudad de Leon en la tierra llana, y el serles á los franceses de fácil empresa apaciguar cualquiera rebelion á sus mandatos, habia reprimido el ardor popular. Por fin habiéndose enviado de Asturias 800 hombres para confortar algun tanto á los tímidos, se erigió el 1.º de junio una junta de individuos del ayuntamiento y otras personas, á cuya cabeza estaba como gobernador militar de la provincia Don Manuel Castañon. No eran pasados muchos dias cuando se transfirió la presidencia al capitán general bailío Don Antonio Valdes, antiguo ministro de marina, y quien habiendo honrosamente rehusado ir á Bayona, tuvo que huir de Burgos á Palencia, y abrigarse al territorio leonés. Fueron de Asturias municiones, fusiles y otros pertrechos, con cuya ayuda se empezó el armamento.

Estaba en Valladolid de capitán general D. Gregorio de la Cuesta, militar antiguo y respetable varon, pero de condicion duro y caprichudo, y obstinado en sus pareceres. Buen español, acongojábale la intrusion francesa; mas acostumbrado á la ciega subordinacion, miraba con enojo que el pueblo se entrometiese á deliberar sobre materias que á su juicio no le competian. El distrito de su mando abrazaba los reinos de Leon y Castilla la Vieja, cuya separacion geográfica no ha estorbado que se

hubiesen confundido ambos en el language comun y aun en cosas de su gobierno interior. La pesada mano de la autoridad los habia molestado en gran manera, y el influjo del capitan general era extremadamente poderoso en las provincias en que aquellos reinos se subdividian. Con todo, pudiendo mas el actual entusiasmo que el añejo y prolongado hábito de la obediencia, ya hemos visto como en Leon, sin contar con Don Gregorio de la Cuesta, se habia dado el grito del levantamiento. Era la empresa de mas dificultoso empeño en Valladolid, así porque dentro residia dicho gefe, como tambien por el apoyo que le daba la chancillería y sus dependencias. Sin embargo la opinion superó todos los obstáculos.

En los últimos dias de mayo el pueblo agavillado quiso exigir del capitan general que se le armase y se hiciese la guerra á Napoleon. Asomado al balcon resistióse Cuesta, y con prudentes razones procuró disuadir á los alborotados de su desaconsejado intento. Insistieron de nuevo estos, y viendo que sus esfuerzos inútilmente se estrellaban contra el duro carácter del capitan general, erigieron el patíbulo vociferando que en él iban á dar el debido pago á tal terquedad, tachada ya de tracion por el populacho. Dobló entónces la cerviz Don Gregorio de la Cuesta, prefiriendo á un azaroso fin servir de guia á la insurreccion, y sin tardanza congregó una junta á que asistieron con los principales habitantes individuos de todas las corporaciones. El

viejo general no permitió que la nueva autoridad ensanchase sus facultades mas allá de lo que exigia el armamento y defensa de la provincia; conviniendo tan solo en que á semejanza de Valladolid se instituyese una junta con la misma restriccion en cada una de las ciudades en que habia intendencia. Así Avila y Salamanca formaron las suyas; pero la inflexible dureza de Cuesta y el anhelo de estos cuerpos por acrecer su poder, suscitaron choques y reñidas contiendas. Valladolid y las poblaciones libres del yugo frances se apresuraron á alistarse y disciplinar su gente, y Zamora y Ciudad-Rodrigo suministraron en cuanto pudieron armas y pertrechos militares.

Enlutaron la comun alegría algunos excesos de la plebe y de la soldadesca. Murió en Palencia á sus manos un tal Ordóñez que dirigia la fábrica de harinas de Monzon, sugeto apreciable. Don Luis Martínez de Ariza, gobernador de Ciudad-Rodrigo, experimentó igual suerte, sirviendo de pretexto su mucha amistad y favor con el príncipe de la Paz. Lo mismo algun otro individuo en dicha plaza; y en la patria del insigne Alonso del Tostado, en Madrid, fué asesinado el corregidor, y unos alguaciles odiados por su rapaz conducta. Castigó Cuesta con el último suplicio á los matadores; pero una catástrofe no ménos triste y dolorosa afeó el levantamiento de Valladolid. Don Miguel de Cevallos, director del colegio de Segovia, á quien hemos visto alejarse de aquella ciudad al ocuparla

los franceses, fué detenido á corta distancia en el lugar de Carbonero, achacando infundadamente á traicion suya el descalabro padecido. De allí le condujeron preso á Valladolid. Le entraron por la tarde, y fuera malicia ó acaso, despues de atravesar el portillo de la Merced, torcieron los que le llevaban por el callejon de los Toros al campo grande, donde los nuevos alistados hacian el ejercicio. A las voces de que se aproximaba, levantóse general gritería. Iba á caballo y detras su familia en coche. Llovieron muy luego pedradas sobre su persona, y á pesar de querer guarecerle los paisanos que le escoltaban, desgraciadamente de una cayó en tierra, y entónces por todas partes le acometieron y maltrataron. En balde un clérigo, de nombre Prieto, buscó para salvarle el religioso pretexto de la confesion: solo consiguió momentáneamente meterle en el portal de una casa, dentro del cual un soldado portugues de los que habian venido con el marques de Alorna, le traspasó de un bayonetazo. Con aquello enfurecióse de nuevo el populacho, arrastró por la ciudad al desventurado Cevallos, y al fin le arrojó al rio. Partian el alma los agudos acentos de la atribulada esposa, que desde su coche ponía en el cielo sus quejas y lamentos, al paso que empedernidas mugeres se encarnizaban en la despedazada víctima. Espanta que un sexo tan tierno, delicado y bello por naturaleza, se convierta á veces y en medio de tales horrores, en inhumana fiera. Mas apartando la vista de objeto tan melancólico, continúe.

mos bosquejando el magnífico cuadro de la insurreccion, cuyo fondo, aunque salpicado de algunas obscuras manchas, no por eso deja de aparecer grandioso y admirable.

Las provincias meridionales de España no se mantuvieron mas tranquilas ni perezosas que las que acabamos de recorrer. Movidos sus habitantes de iguales afectos, no se desviaron de la gloriosa senda que á todos habia trazado el sentimiento de la honra é independencia nacional. Siendo idénticas las causas, unos mismos fueron en su resultado los efectos. Solamente los incidentes que sirvieron de inmediato estímulo variaron á veces. Uno de estos notable é inesperado influyó con particularidad en los levantamientos de Andalucía y Extremadura. Por entónces residia casualmente en Móstoles, distante de Madrid tres leguas, D. Juan Perez Villamil, secretario del almirantazgo. Acaeció en la capital el suceso del 2 de mayo, y personas que en lo recio de la pelea se habian escapado y refugiado en Móstoles, contaron lo que allí pasaba con los abultados colores del miedo reciente. Sin tardanza incitó Villamil al alcalde para que escribiendo al del cercano pueblo pudiese la noticia circular de uno en otro con rapidez. Así cundió creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerada, que cuando alcanzó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos. Expidieronse por aquel administrador de correos avisos con la mayor diligen-

Levantamiento  
to de Sevilla.

cia, y en breve Sevilla y otras ciudades fueron sabedoras del infausto acontecimiento.

Dispuestos como estaban los ánimos no se necesitaba sino de un levisimo motivo para encenderlos á lo sumo y provocar una insurreccion general. El aviso de Móstoles estuvo para realizarla en el medio-dia. En Sevilla el ayuntamiento pensó seriamente en armar la provincia, y tratóse de planes de armamento y defensa. Ordenes posteriores de Madrid contuvieron el primer amago; pero conmovido el pueblo, se alentaron algunos particulares á dar determinado rumbo al descontento universal. Fué en aquella ciudad uno de los principales conmovedores el conde de Tilly, de casa ilustre de Extremadura, hombre inquieto, revoltoso y tachado bastantemente en su conducta porvada. Aunque dispuestos para alborotos, é igualmente amigo de novedades que su hermano Guzman, tan famoso en la revolucion francesa, nunca hubiera conseguido el anhelado objeto, si la causa que ahora abrazaba no hubiese sido tan santa, y si por lo mismo no se le hubiesen agregado otras personas respetables de la ciudad.

Juntábanse todos en un sitio llamado el Blanquillo hácia la puerta de la Barqueta, y en sus reuniones debatian el modo de comenzar su empresa. Aparecióse al propio tiempo en Sevilla un tal Nicolas Tap y Nuñez, hombre poco conocido y que habia venido allí con propósito de conmover por sí solo la ciudad. Ardiente y despejado, peroraba por

calles y plazas, y llevaba y traia á su antojo al pueblo sevillano, subiendo á punto su descaro de pedir al cabildo eclesiástico doce mil duros para hacer el alzamiento contra los franceses; peticion á que se negó aquel cuerpo. Se ejercitaba ántes en el comercio clandestino, y con el título intruso de corredor tenia mucha amistad con las gentes que se ocupaban en el contrabando con Gibraltar y la costa, á cuyo punto hacia frecuentes viages. Callaban las autoridades temerosas de mayor mal, y los que con Tilly maquinaban procuraron grangearse la voluntad de quien en pocos dias habia adquirido mas nombre y popularidad que ningun otro. Buscáronle, y fácilmente se concertaron.

No transcurria dia sin que nuevos motivos de disgusto viniesen á confirmarlos en su pensamiento, y á perturbar á los tranquilos ciudadáños. En este caso estuvieron varios papeles publicados contra la familia de Borbon en el diario de Madrid que se imprimia desde el 10 de mayo bajo la inspeccion del frances Esmènard. Disonaron sus frases á los oidos españoles no acostumbrados á aquel lenguaje, y unos papeles destinados á rectificar la opinion en favor de las mudanzas acordadas en Bayona, la alejaron para siempre de asentir á ellas y aprobarlas. Gradualmente subia de punto la indignacion, cuando de oficio se recibió la noticia de las renunciaciones de la familia real de España en la persona de Napoleon. Parecióles á Tilly, Tap y consor-

tes que no convenia desaprovechar la ocasion, y se prepararon al rompimiento. Se escogió el dia de la Ascension 26 de mayo y hora del anochecer para alborotar á Sevilla. Soldados del regimiento de Oliyenza comenzaron el estuendo dirigiéndose al depósito de la real maestranza de artillería y de los almacenes de pólvora. Reunióseles inmenso gentío, y se apoderaron de las armas sin desgracia ni desórden. Adelantóse á aquel parage un escuadron de caballería mandado por D. Adrian Jácome, el cual, léjos de impedir la sublevacion, mas bien la aplaudió y favoreció. Prendiendo con inexplicable celeridad el fuego de la revolucion hasta en los mas apartados y pacíficos barrios, el ayuntamiento se trasladó al hospital de la Sangre para deliberar mas desembarazadamente. Pero en la mañana del 27, el pueblo apoderándose de las casas consistoriales abandonadas, congregó en ellas una junta suprema de personas distinguidas de la ciudad. Tap y Nuñez procediendo de buena fe era por su extremada popularidad quien escogia los miembros, siendo otros los que se los apuntaban. Así fué que como forastero obrando á ciegas, nombró á dos que desagradaron por su anterior y desopinada conducta. Se le previno, y quiso borrarlos de la lista. Fueron inútiles sus esfuerzos, y aun le acarrearón una larga prision, mostrándose encarnizados enemigos suyos los que tenia por parciales. Suerte ordinaria de los que entran desinteresadamente é inexpertos en las revoluciones: los hombres

pacíficos los miran siempre, aun aplaudiendo sus intentos, como temibles y peligrosos, y los que desean la bulla y las revueltas para crecer y medrar, ponen su mayor conato en descartarse del único obstáculo á sus pensamientos torcidos.

Instalóse pues la junta, y nombró por su presidente á D. Francisco Saavedra, antiguo ministro de hacienda, confinado en Andalucía por la voluntad arbitraria del príncipe de la Paz. De carácter bondadoso y apacible, tenia saber extenso y vario. Las desgracias y persecuciones habian quizá quitado á su alma el temple que reclamaban aquellos tiempos. A instancias suyas fué tambien elegido individuo de la junta el asistente D. Vicente Hore, á pesar de su amistad con el caido favorito. Entró á formar parte, y se señaló por su particular influjo el Padre Manuel Gil, clérigo regular. La espartadiza desconfianza de Godoy que sin razon le habia creído envuelto en la intriga que para derribarle habian urdido en 1795 la marquesa de Matallana y el de Mala-Espina, le sugirió entónces el encerrarle en el convento de Toribios de Sevilla, en el que se corregian los descarríos ciertos ó supuestos de un modo vergonzoso y desusado ya aun para con los niños. Disfrutaba el padre Gil, si bien de edad provecta, de la robustez y calor de los primeros años: con facilidad comunicaba á otros el fuego que sustentaba en su pecho, y en medio de ciertas extravagancias, mas bien hijas de la descuidada educacion del claustro que de extravios de la mente,

lucía por su erudicion y la perspicacia de su ingenio.

La nombrada junta intitulóse suprema de España é Indias. Desazonó á las otras la presuntuosa denominacion; pero ignorando lo que allende ocurría, quizá juzgó prudente ofrecer un centro comun, que contrapesando el influjo de la autoridad intrusa y usurpadora de Madrid, le hiciese firme é imperturbable rostro. Fué desacuerdo insistir en su primer título luego que supo la declaracion de las otras provincias. Su empeño hubiera podido causar desavenencias que felizmente cortaron la cordura y tino de ilustrados patriotas.

Para la defensa y armamento adoptó la junta medidas activas y acertadas. Sin distincion mandó que se alistasen todos los mozos de dieziseis hasta cuarenta y cinco años. Se erigieron asimismo por orden suya juntas subalternas en las poblaciones de 2000 y mas vecinos. La oportuna inversion de los donativos cuantiosos que se recibian, como tambien el cuidado de todo el ramo económico, se puso á cargo de sugetos de conocida integridad. En ciudades, villas y aldeas se respondió con entrañable placer al llamamiento de la capital, y en Arcos como en Carmona, y en Jerez como en Lebrija y Ronda no se oyeron sino patrióticos y acordes acentos.

En la conmocion de la noche del 26 y en la mañana del 27 nadie se habia desmandado, ni se habian turbado aquellas primeras horas con muertes

ni notables excesos. Estaba reservado para la tarde del mismo 27 que se ensangrentasen los muros de la ciudad con un horrible asesinato. Ya indicamos como el ayuntamiento habia trasladado al hospital de la Sangre el sitio de sus sesiones. Dió con este paso lugar á hablillas y rencores. Para calmarlos y obrar de concierto con la junta creada, envió á ella en comision al conde del Aguila, procurador mayor en aquel año. A su vista se encolerizó la plebe, y pidió con ciego furor la cabeza del conde. La junta para resguardarle prometió que se le formaria causa, y ordenó que entre tanto fuese enviado en calidad de arrestado á la torre de la puerta de Triana. Atravesó el del Aguila á Sevilla entre insultos, pero sin ser herido ni maltratado de obra. Solo al subir á la prision que le estaba destinada, entrando en su compañía una banda de gente homicida, le intimó que se dispusiese á morir, y atándole á la barandilla del balcon que está sobre la misma puerta de Triana, sordos aquellos asesinos á los ruegos del conde y á las ofertas que les hizo de su hacienda y sus riquezas, bárbaramente le mataron á caribinazos. Fué por muchos llorada la muerte de este inocente caballero, cuya probidad y buen porte eran apreciados en general por todos los sevillanos. Hubo quien achacó imprudencias al conde; otros, y fueron los mas, atribuyeron el golpe á enemiga y oculta mano.

Rica y populosa Sevilla, situada ventajosamente para resistir á una invasion francesa, afianzó, de

clarándose, el levantamiento de España. Mas era menester para poner fuera de todo riesgo su propia resolucion, contar con San Roque y Cádiz, en donde estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra, mas considerable y mejor disciplinada que habia dentro de la nacion. Convencida de esta verdad, despachó la junta á aquellos puntos dos oficiales de artillería que eran de su confianza. El que fué á San Roque desempeñó su encargo con ménos embarazos, hallando dispuesto á Don Francisco Javier Castaños, que allí mandaba, á someterse á lo que se le prescribia. Ya de antemano habia entablado este general relaciones con Sir Hugo Dalrymple, gobernador de Gibraltar; y léjos de suspender sus tratos por la llegada á su cuartel general del oficial frances Rogniat, de cuya comision hicimos mencion en el anterior libro, las avivó y estrechó mas y mas. Tampoco se retrajo de continuarlos, ni por las ofertas que le hizo otro oficial de la misma nacion despachado al efecto, ni con el cebo del vireinato de Méjico que tenian en Madrid como en reserva para halagar con tan elevada dignidad la ambicion de los generales, cuya decision se conceptuaba de mucha importancia. Es de temer, no obstante, que las pláticas con Dalrymple en nada hubieran terminado, si no hubiese llegado tan á tiempo el expreso de Sevilla. A su recibo se pronunció abiertamente Castaños, y la causa comun ganó con su favorable declaracion 8941 hombres de tropa reglada que estaban bajo sus órdenes.

Tropezó en Cádiz con mayores obstáculos el conde de Teba, que fué el oficial enviado de Sevilla. Habitualmente residia en aquella plaza el capitán general de Andalucía, siéndolo á la sazón D. Francisco Solano, marqués del Socorro y de la Solana. No hacia mucho tiempo que habia regresado á su puesto desde Extremadura y de vuelta de la expedicion de Portugal, en donde le vimos soñar mejoras para el pais puesto á su cuidado. Despues del 2 de mayo, solicitado y lisonjeado por los franceses, y sobre todo, vencido por los consejos de españoles antiguos amigos suyos, con indiscrecion se mostraba secuaz de los invasores, graduando de franceses cualquiera resistencia que se intentase. Ya ántes de mediados de mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo mas prudente en todo su camino. Al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso; mas molestado por sus instancias, pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró á meterse en Cádiz. No satisfechos de su indecision, luego que tuvo lugar el levantamiento del 27, siendo ya algunos de los conspiradores individuos de la nueva junta, impelieron á esta para que el 28 enviase á aquella plaza al mencionado conde de Teba, quien con gran ruido y estrépito penetró por los muros gaditanos. Era allí muy amado el general Solano: debíalo á su anterior conducta en el gobierno del distrito, en el que se habia desvela-